

JOSÉ MARTÍNEZ MONROY

POESÍAS

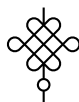


EDICIÓN ❀ HOMENAJE
CARTAGENA [2026]



POESÍAS

SELECCIÓN



JOSÉ MARTÍNEZ MONROY

VENTANA DE AMANECER

(1954)

Poema XLII

Verde mar y verde monte.

Voy soñando en la ladera.

Me he vestido de tomillos,

con trenzas de primavera

Yo voy soñando distancias

ganadas cuando me muera:

torres de alturas divinas

donde brillan las estrellas.

Será mi traje de rosas,

de nubes blancas mis trenzas.

Yo iré rezando a la Virgen

ganosa de su presencia.

¿Será una tarde de mayo?

¿Será una noche de estrellas?

¡Desde esta tierra a los cielos

que distancia tan inmensa!

María Teresa Cervantes, poeta, (Cartagena, 1931-2024)

JOSÉ MARTÍNEZ MONROY



POESÍAS

EDICIÓN HOMENAJE
CENTENARIO INAUGURACIÓN DE SU BUSTO
PLAZA JAIME BOSCH
CARTAGENA (1926/2026)

Edita:
Colección - Vázquez & De la Iglesia
Colabora (Exposición):
Archivo Municipal de Cartagena (Ayto. de Cartagena)
(EDICIÓN - NO VENAL)



Primera edición – Cartagena, junio de 2026

Edición Homenaje al Poeta: José Martínez MONROY

- © Poemas de José Martínez Monroy / Imprenta de Manuel Rivadeneyra, Madrid 1864
- © Texto Introducción-1: Emilio Castelar y Ripoll
- © Texto Introducción-2: Luis Miguel Pérez Adán
- © Texto Introducción-3: Diego Ortiz Martínez
- © Edición, diseño y maquetación por María José Vázquez & Francisco De la Iglesia - (Editores)
- © Ilustraciones: Salvador Torres Vera
- © Imagen de la cubierta: Collage – Fco. De la Iglesia
- © Imagen de la contracubierta: Salvador Torres Vera
- © Imagen de la 1ª portada: Grabado del poeta Monroy (Edición de Imprenta Rivadeneyra, Madrid 1864)
- © Imagen de la 2ª portada: Óleo de Felipe Massó
- © Imagen de viñeta: Acuarela de Joaquín Agrasot
- © Imagen del colofón: “Mª José Vázquez y Mª Teresa Cervantes” junto al busto del poeta Monroy Cartagena, 2023. (Fotografía: Fco. De la Iglesia)

EDICIÓN



DEPÓSITO LEGAL: MU 379-2026

© Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción en papel ni la copia digital de esta edición por personas -no autorizadas-. Solo está permitida la consulta personal y su utilización, exclusiva en formato digital, en actividades educativas y de ámbito cultural. Todos los derechos de su publicación digital e impresa corresponden a los editores.

JOSÉ MARTÍNEZ
MONROY



POESÍAS

1864

INTRODUCCIÓN

EL POETA ENTRE NOSOTROS

“BIOGRAFÍA ELOGIO”

(Emilio Castelar y Ripoll)

EL EXPEDIENTE MONROY

(Luis Miguel Pérez Adán)

JOSÉ MOYA KETTERER, EL ESCULTOR

VANGUARDISTA CARTAGENERO

(Diego Ortiz Martínez)

POESÍA SELECCIONADA

	PÁG.
El Genio	1
A Dolores	12
Cruzando el Mediterráneo	18
Italia	23
Inspiración	31
El Eclipse de Sol	34
Isidoro Máiquez	46
A mi Madre	54
El Beso	61
La Última Estrella	62
Canto del Águila	71
La Primavera	81
A la Virgen	83
Génesis	90

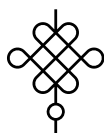
UNA COLECCIÓN DE POESÍA DEL “SUDESTE”

POESÍA & ARTE

(María José Vázquez y Francisco De la Iglesia)

POESÍAS DE MONROY EN LA RED

INTRODUCCIÓN



El poeta entre nosotros – Biografía elogio de Emilio Castelar



Monroy, nuestro gran poeta romántico, es homenajeado con esta nueva edición, que recoge una selección de sus “poesías”, y con una exposición en el Archivo Municipal de Cartagena.

**Monroy, la “biografía elogio” de su amigo,
el escritor y político, Emilio Castelar**

**(Extractos del texto introductorio de Emilio Castelar para
la edición póstuma del libro “Poesías” – Monroy 1864”)**

“Los poetas del Norte son los poetas del pensamiento, del dolor profundo, de la inspiración vaga y tenebrosa; en tanto que los poetas del Mediodía son los poetas de la luz, de las armonías, del amor arrebatado, de las grandes personificaciones y de las extraordinarias hipérboles. El poeta del Norte pugna por el lirismo y la armonía; el poeta meridional por el pensamiento y el dolor profundo”.

“Cartagena es una de las ciudades más cultas de España. Hay allí algo más de admirar que su seguro puerto, sus magníficos arsenales, su coraza de formidables fuertes; y es el carácter hospitalario, dulce, bondadoso de sus habitantes. La amistad, o no es allí,

o no es entusiasta. La caridad es la virtud por excelencia de la población entera”.

“La cultura, la franqueza, la liberalidad y la virtud heroica de la caridad son los rasgos distintivos de Cartagena, y eran también los rasgos distintivos del carácter de Monroy. Como hijo, hablaba siempre de su madre con la elocuencia del corazón. Como hombre se hubiera sacrificado mil veces por el bien y la libertad de los hombres. Como poeta, jamás consagró su lira al poderoso, jamás cantó a los tiranos, su numen fue siempre la justicia”.

“Así la poesía en él no era solamente un arte, era una moral; sus inspiraciones no eran solamente las ideas, eran también la acción”.

“Creía en las reformas económicas, en la libertad del trabajo, del crédito y del comercio. Veía alguna obra de utilidad pública, como el ferrocarril de Cartagena a Albacete, que debe ser la vida de su provincia, y escribía y trabajaba, ansioso de que se abriera tan grande manantial de riqueza para su patria chica. Sobrevenía una calamidad. El cólera diezmaba a Cartagena. La muerte acababa innumerables amigos suyos. El sepulcro abría sus negras fauces, como para devorar una población entera. En tan congojosos momentos no se daba punto de reposo: iba al lecho del enfermo, y le curaba como un médico; corría al lado del agonizante, y le consolaba como un sacerdote; tomaba entre sus manos el frío cadáver, y lo amortajaba como un enterrador; héroe de la caridad, poeta, no solo en sus ideas, sino en sus acciones; joven

generoso, que a un gran sentido estético unía un gran sentido moral, en quien el bien y el arte no se divorciaban nunca, siendo la poesía, no solo la idea de su mente, sino el amor de su corazón, y el numen de todas sus acciones, y la esplendente luz de toda su vida”.

“Yo le vi en los últimos días de su enfermedad. No tenía la ilusión y la esperanza de vivir. Veía llegar la muerte, acercársele a abrazarlo, y la esperaba sereno. No sentía la muerte por sí: la sentía por todos los que amaba. La inmortalidad de su alma, la perennidad de su ser eran creencias vivas en aquel religioso corazón de poeta. Cuando las hojas palidecen y caen, cuando las flores mueren, cuando las golondrinas se van, cuando el ruiseñor calla. Murió el poeta. Y murió tranquilo y resignado, en la seguridad de que su sepulcro no había de ser más que la cuna de su nueva eterna vida”.

“Se despidió de nosotros; teniendo la lira en las manos, muere...sin duda porque Dios, que lo había dotado con tantas perfecciones, ha querido que volara por otras más espléndidas regiones, creyendo indigno a este bajo mundo de poseer su amor y su poesía”.

EMILIO CASTELAR

El expediente Monroy



Indagando en los valiosos fondos del Archivo Municipal de Cartagena, encontré un expediente que, bajo el título 'Monroy 1862', recogía información acerca de este cartagenero y la intención del Consistorio de colocar su retrato en el salón de plenos junto a los de otros hijos célebres de esta ciudad.

José Antonio Pablo Fulgencio Baldomero Martínez Monroy nació un 25 de enero de 1837, en la casa número 31 de la calle del Duque, hijo del farmacéutico Juan Evangelista Martínez de Lezuza Serrano, natural de Pozo Estrecho, y de la cartagenera María Catalina Monroy.

Destacó desde su infancia en los estudios, mostrando excelentes disposiciones literarias. Y, así, a la edad de nueve años, ya había obtenido tres medallas en otros tantos premios otorgados por La Real Sociedad Económica de Amigos del País. Traducía y escribía con gran soltura el francés.

Falleció su padre cuando él tenía diez años, y su madre, con escasos recursos, hubo de trasladarse a Murcia, donde vivían sus abuelos. Allí cursó los cinco años de Filosofía y obtuvo en todos los exámenes la calificación de sobresaliente.

Su madre había contraído nuevas nupcias con don José María Piseti, quien hizo para Monroy los oficios de verdadero padre. Lo llevó a Madrid, donde en la Universidad Central estudió con gran aprovechamiento Derecho y Administración, pero su salud, enfermo de tuberculosis, nunca fue buena y se vio le obligó a volver al hogar. Luego, fue trasladado a una casa de campo de La Palma, pero todo fue en vano. Finalmente, vino a morir a Cartagena, en la casa número 32 de la calle de San Diego, el día 22 de septiembre de 1861.

Además de las poesías que había publicado en algunos periódicos, Monroy destacó por sus discursos literarios, económicos y administrativos, elogiados por los grandes literatos de la época. Su estilo fue definido como retórico grandilocuente, de palabra sonora y contundente, unido a una gran imaginación llena de ingenio satírico, agudo y erudito. Su poesía era altamente lírica y llena de espiritualidad y de gran fuerza imaginativa, más romántica que clásica, para los críticos. Reunía, además, facultades maravillosas de poeta y pocos habrían llegado a mayor altura, si él no hubiera muerto tan joven.

Cuadro, tumba, busto y placa.

El retrato de Monroy fue finalmente colocado en el Salón de Sesiones del Ayuntamiento el 13 de abril de 1866 en presencia de Emilio Manuel Ortega, alcalde Corregidor. El 16 de abril de 1877, con asistencia de muchos admiradores del inolvidable poeta, se inauguró el monumento erigido sobre la tumba donde descansaban sus restos. La artística obra fue ejecutada por el escultor cartagenero Requena y consistía en un precioso obelisco de carácter griego. La coronación del pedestal estaba decorada en sus ángulos con palmetas y en el frente, en alto relieve, con una cruz con coronas de siemprevivas y la inscripción JOSÉ MARTÍNEZ MONROY. Finaliza el obelisco en una aguja cuadrangular y lleva adosadas a uno de sus frentes la lira griega, con las cuerdas rotas y un tallo de laurel enlazado a la lira pendiente de un rosetón. Y figura un pensamiento, del que parten las cintas que sujetan el atributo.

«El día 31 de octubre de 1926, el Ayuntamiento, rindiendo un justo homenaje a la memoria del ilustre cartagenero, inaugurará un artístico monumento en la Plaza de Jaime Bosch, frente por frente de la casa número 32 de la calle de San Diego donde murió el malogrado vate honra de esta ciudad», se anunció.

Y el cronista Federico Casal relató así el momento de la inauguración de un busto en bronce dedicado a la memoria del ilustre cartagenero: «La obra es del escultor José de Moya, cediendo generosamente a la Ciudad su primera obra definitiva, y la acertada orientación del alcalde de Cartagena señor Torres. Su recia voluntad ha trocado en realidad, bella, la aspiración ya vieja entre nosotros de este homenaje de Cartagena a su gran poeta. De moderna y acertadísima factura, el busto de Monroy es relevante de una recia manera de hacer, hay en él la serenidad admirable, el espíritu de nuestro gran poeta, plasmado genialmente en la sonrisa, máximo acierto de esta obra de Arte, completada con las líneas sobrias del pedestal esbelto, que nos hace pensar en la vida humilde, sencilla y buena del poeta».

El 22 de septiembre de 1961, al cumplirse el primer centenario del fallecimiento del poeta, entre los actos organizados estuvo el descubrimiento de una placa, puesta en la fachada, con la inscripción que decía: «En esta casa falleció el poeta cartagenero José Martínez Monroy». El acto fue presidido por el teniente de alcalde y cronista Isidoro Valverde Álvarez.

El elogio de Castelar

El poeta Monroy, recordado con el busto junto a la iglesia de San Diego, fue un romántico por su vida y el carácter de su obra. En su temática estaban la Libertad,

la soledad, la Justicia, el Amor y la muerte. Estos temas son tratados con apasionamiento, sensatez y sensibilidad impropios de un joven que solo vivió veinticuatro años, y como escribió uno de sus grandes admiradores, Emilio Castelar político, historiador, periodista y escritor, presidente del Gobierno en la Primera República (1873-1874): «A Monroy no se le puede juzgar por lo que ha dejado, sino por lo que se ha llevado consigo. La muerte se ha tragado un poeta, y tal vez el poema del siglo XIX».

Luis Miguel Pérez Adán

(Historiador, escritor y Cronista Oficial de Cartagena)

José Moya Ketterer, el escultor vanguardista cartagenero



El escultor cartagenero José Moya Ketterer, es nuestro segundo protagonista en este homenaje al poeta Monroy. Él es autor de un busto, dedicado a nuestro poeta que se encuentra situado en la plaza Jaime Bosch de Cartagena y que fue inaugurado hace ahora 100 años, en el antiguo atrio de la iglesia de San Diego, en Cartagena.

José Moya Ketterer nació en Cartagena el 23 de noviembre de 1900, hijo de un conocido procurador de los tribunales y de una integrante de una familia de relojeros establecidos en la ciudad desde mediados del siglo XIX. Cursó estudios en el Colegio Politécnico y en el recién creado Instituto de Cartagena donde -junto a la integración de ambos en los denominados 'Exploradores', los 'boy scout' de la época- conoció a Antonio Oliver Belmás, pese a que éste era más joven que el escultor, con el que compartió una gran amistad durante toda su vida y cuya influencia fue fundamental en la trayectoria de Moya.

Aunque no fue un alumno brillante, inició estudios de Farmacia -de hecho, en el censo municipal de 1921 aparece con la profesión de farmacéutico- pero pronto “colgó” los libros llamado por el arte escultórico e inició su labor con obras que fueron elogiadas en la prensa local pero en las que aún no estaba visible su apuesta por lo moderno y vanguardista, que conoció a través de revistas de arte extranjeras que le prestaba Oliver. Hacia mayo de 1924, cuando ya se declaraba escultor en otro padrón municipal, marchó a Barcelona para formarse en el taller de Borrell Nicolau, pero antes entregó al Ayuntamiento de su ciudad natal un busto de Monroy que le donaba a Cartagena para convertirlo, gracias al empuje de un grupo de escritores locales amigos suyos, en un monumento en la plaza de Jaime Bosch. Éste sería inaugurado el 31 de octubre de 1926 y le abriría a Moya las puertas a nuevos encargos, tales como una estatua de Benigno Risueño de Amador - que, pese a que la cobró íntegra, nunca llegó a convertirse en realidad por diversos motivos que no podemos desarrollar en el espacio de que disponemos- y los relieves con temas marinos fundidos en bronce para el mausoleo de Isaac Peral, colaborando en él con el arquitecto Víctor Beltri y el también escultor cartagenero Mariano López, que se encargó de los trabajos marmóreos.

Sus ideales artísticos vanguardistas chocaban con el clasicismo que caracterizaba la obra de Borrell Nicolau, por lo que en 1926 rompió con él y empezó su labor en solitario, trabajando sobre todo la talla en piedra que, en ocasiones, policromaba. Entabló amistad con el pintor uruguayo Rafael Barradas, que consiguió que Moya expusiera en 1928 en la prestigiosa galería barcelonesa 'Dalmau', difusora del arte de vanguardia desde su creación en 1911. En los salones de ésta compartió espacio con obras del citado Barradas y de Salvador Dalí. Y su participación en la exposición le abrió las puertas del denominado 'Ateneillo de Hospitalet', una tertulia de artistas de vanguardia fundada por Barradas por la que pasaron, entre otros muchos, Federico García Lorca, Ramón Gómez de la Serna o el ya citado Salvador Dalí.

En 1929 contrajo matrimonio con Mercedes Guinart, miembro de una familia de la pequeña burguesía comercial catalana que nunca comprendió, al parecer, la dedicación de Moya a la escultura, lo que le llevó a trabajar en la empresa familiar e, incluso, como vendedor de relojes asociado a su tío Teodoro Ketterer. Son por lo tanto momentos en los que trabaja poco en la ejecución de obras, siendo una excepción la realización de un boceto -apoyado por Niceto Alcalá Zamora, con el que tenía cierta amistad- de monumento a Hernández y Galán, los protagonistas del levantamiento republicano de Jaca en 1930, que llegó incluso a ser publicado en la portada de Heraldo de Madrid en mayo de 1931, y una exposición en la Galería 'Syra' en 1932.

Y es que sus ideales políticos le llevaron a acoger con gran entusiasmo la llegada de la II República.

La caída de la República tras la sublevación militar de 1936 influyó en su obra debido a los ideales citados, y a su carácter inconstante e impulsivo, iniciándose un momento de silencio artístico de Moya, tan sólo roto por su presencia en 1940 en una denominada 'Exposición de artistas gracienses', como indicó Oliver en el libro que publicó en 1952 dedicado a los artistas murcianos de la primera mitad del siglo XX. Sería en ese mismo año cuando el propio Oliver lo sacó de tal inactividad proporcionándole la oportunidad de exponer en la Galería 'Xagra' de Madrid junto a Oteiza. Fue solo un espejismo, porque en 1953 escribía a aquel diciendo que ya no se sentía escultor y se iba a dedicar a la pintura y, de hecho, envió algunas obras pictóricas.

Pero su gran amigo Oliver no desistía de intentar que Moya mostrara el gran escultor que llevaba dentro. Así, en 1955 le procuró participar en la III Bienal Hispanoamericana y dos años más tarde, junto al murciano José Planes, que era amigo de ambos, le animó a participar en la Exposición Nacional de Bellas Artes, a la que Moya remitió dos obras que no fueron aceptadas. Aunque en una carta a Oliver decía que no le iba a influir y que seguiría adelante con su labor escultórica, este hecho le supuso un mazazo y un abandono prácticamente total del arte escultórico, que solo volvió a ofrecer al público, de nuevo gracias a Oliver, en la Casa de Murcia en Madrid en ese mismo año 1957, aprovechando que éste tenía

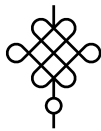
en su poder las obras no aceptadas por los organizadores de la Exposición Nacional. Alejado de su familia política, de su mujer y de sus dos hijos, hasta el punto de que tenía una nueva relación con Soledad Clementson, fruto de la cual tuvo una hija, Moya vivió, o malvivió, los últimos años de su vida reparando muñecas.

En enero de 1963, el artista sufrió un derrame cerebral que lo dejó parcialmente paralizado, falleciendo el 7 de julio de ese mismo año en su residencia barcelonesa. Su gran amigo y protector, Antonio Oliver Belmás, no pudo verlo en sus últimos meses de vida ni asistir a su entierro porque por aquel entonces se encontraba de viaje por América junto a su esposa, Carmen Conde. Por ello, como homenaje póstumo, le dedicaría un artículo necrológico en la prensa regional. Buena parte de su obra quedó en poder de Soledad Clementson y de su hijo José, sin que tengamos noticias de su paradero actual. En su ciudad natal, aparte de los citados busto de Monroy y Mausoleo de Peral, podemos ver una muestra de su maestría en el trabajo de la piedra en 'Temor', escultura de 1925 que se conserva en el Museo de Carmen Conde.

Diego Ortiz Martínez

(Historiador, arqueólogo y escritor)

POESÍA SELECCIONADA





POEMAS

SELECCIÓN

El genio

Fulgente rayo de la luz divina,
que de Dios en la mente soberana
los cielos ilumina,
hijo de la creación, nací potente
en su vasto palacio,
del mundo en la mañana,
crecí ensanchando el infinito espacio,
y levanté la inmarcesible frente,
augusta ya, sobre la estirpe humana.
Volé por el Edén; y conduciendo
las cintas de mi carro la fortuna,
lánceme audaz, rompiendo
las tinieblas del caos insondable,
y el Éter impalpable

en que flotando se meció mi cuna.
Inmensos mares de movibles gasas
en torno de mi solio refulgente
informes se agruparon;
polvo de estrellas anubló mi frente,
y los rayos del sol me deslumbraron.
Mas las alas batí, las negras masas
radiante separé; y adonde quiera
que mi afanosa vista descubría
otra luciente esfera,
allí volaba yo: crucé la altura;
brillando el cielo frente a mí veía,
el abismo a mis pies negro y profundo,
y allá, a lo lejos, oscilando, el mundo.
Yo vi al Eterno, con la esencia pura
de la edad que pasaba
pirámides de siglos amasando;
y en la cúspide yo, siempre yo estaba

sobre el tiempo de ayer mi trono alzando.
Y mi voz resonó en las cavidades
de las vastas alturas,
llamando sin cesar a las edades
presentes y futuras,
los siglos que vendrían...
Y en montón acudían,
cñiendo mi cabeza, a mi voz sola,
de indefinible y mágica aureola.
Vi las puertas del cielo
rodar sobre sus ejes de diamante
al sentirme pasar, y hollé, triunfante
en mi carrera el primoroso velo
de rosas y de flores,
que en mi color tiñeron sus colores:
con el rico tesoro
de mis hebras de oro,
su dulce lira fabricó el Parnaso;

el eco de mi voz fue la armonía,
y guirnaldas de nubes, a mi paso,
el coro de los ángeles tejía.
Y a los mundos bajé: vi las pasiones
y los vicios bullir, salir brotando
de mil generaciones
su fuego, en humo sin cesar tornando;
y en un punto radiante y luminoso,
que más que todos a mis pies brillaba,
vi un tropel de mortales, que afanoso,
con ciega y torpe y vacilante mano
entreabrir procuraba
de la ciencia el arcano,
de que tan sólo Dios tiene la llave,
y donde el hombre penetrar no sabe.
Vi los pueblos nacer; vi las ciudades
bordar de vida la desierta esfera,
y al soplo creador de las edades

e elevarse fantásticas do quiera,
sus alas de color desenvolviendo,
y hacia mí sus palacios
y sus doradas cúpulas tendiendo.
Sobre un trono de perlas y topacios
vi también la virtud, célica y pura;
y miré con pavora
su manto de esplendor y poderío
deshecho por el hombre en mil girones
para ocultar el esqueleto frío
de las torpes y lánguidas pasiones.
Los pueblos y las razas que vinieron,
llenas de juventud, de fuego henchidas,
un tiempo por el orbe consumieron
su existencia quimérica, ignorada;
y luego confundidas
rodaron a la nada,
y otras razas después las sucedieron.

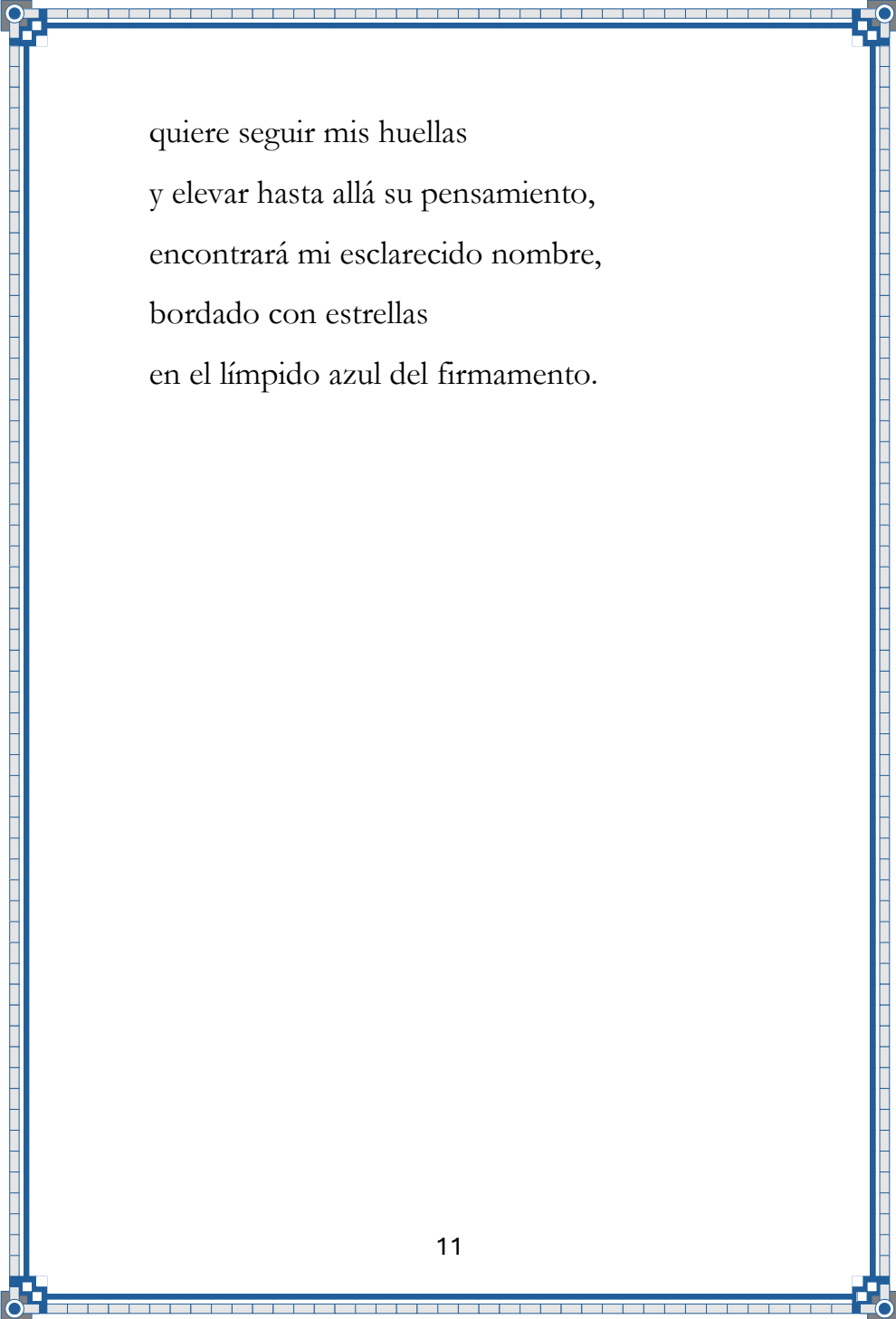
Y de ese torbellino impetuoso,
en que se agitan siempre las naciones,
vi cien héroes salir, en sus bridones
cruzar el mundo, recorrer la tierra
al ronco son de guerra,
y en la diestra el acero endurecido;
y les vi denodados,
roto en chispas el viento
al choque de la espada y al rugido
del tronante cañón, en un momento
los límites borrar de los estados.
Hubo un tiempo después, que una mirada
al dirigir fugaz de polo a polo,
tan sólo vi la nada...
¡Humo y tumbas tan sólo!
Algunos pocos hombres, que empujaban
hacia el antro vacío
a los pesados siglos que pasaban;

y que después, con loco desvarío,
con entusiasmo fiero,
en triunfo conducían
al siglo venidero
en sus hombros robustos y esforzados,
he, insensatos, caían
bajo el enorme peso sepultados.
Mas vi también a algunos elevarse
con noble afán hacia el celeste velo,
y mirarme y temblar; les vi adornarse
de refulgentes galas,
y en las brillantes y preciosas alas
del arte y de la ciencia, alzarse al cielo,
derramar sobre el mundo la belleza,
y elevar victoriosos
sobre los otros hombres su cabeza;
y yo, que los vi ansiosos
de la gloria esplendente

que el talento inmortal siempre ambiciona,
para ceñir su frente
les arrojé un laurel de mi corona.
Vi los tronos alzarse, el orbe todo
sembrarse de monarcas opulentos;
más pronto derribarlos en el lodo
vi a las generaciones;
y luego a las naciones
miré esculpir sus sacrosantas leyes
en los rotos fragmentos
de las viejas estatuas de sus reyes.
Vi brotar religiones a millares
que en el fondo del tiempo se formaron,
y que luego en magníficos altares
los hombres adoraron
con fanatismo ciego;
y a la voz del Eterno
las vi yacer precipitadas luego

en miserable y torcedor infierno.
Con sus torres gigantes
vi elevarse los templos soberanos,
y plegarias y cánticos brillantes
lanzar desde su seno los humanos;
más pronto vi también crecer la hiedra
en el ara olvidada,
escribiendo en el tiempo una arruinada,
pero terrible maldición de piedra.
Vi las falsas deidades
cruzar con la corona en la cabeza,
al pasar las edades;
llegó por fin de la verdad el día,
y abatí su grandeza,
y mostré su quimérica valía,
los altares rompiendo en mil pedazos;
y en seguida las vi contra mi trono
fulminar impotentes anatemas,

y extender hacia mí, con ciego encono,
los raquítricos brazos,
entre el polvo buscando sus diademas.
Hoy ya, por los espacios elevado,
donde tiendo mi vuelo,
del sempiterno Dios ante la alteza,
por los genios del orbe rodeado,
en las gasas del cielo
envolviendo mi fúlgida cabeza;
mientras los mundos a mis pies rodando,
empujados del tiempo, en sombra vana
cual tenues ilusiones van pasando,
esperaré a los mundos del mañana;
y en imperioso tono
sus leyes dictaré, desde el palacio
en que, oculto en los pliegues del espacio,
la diestra del Eterno alza mi trono.
Y si atrevido el hombre



quiere seguir mis huellas
y elevar hasta allá su pensamiento,
encontrará mi esclarecido nombre,
bordado con estrellas
en el límpido azul del firmamento.



A Dolores

Tengo extendido en el alma

todo un cielo de inquietudes,

donde el sol de la esperanza

sus claros rayos no lucen,

porque mis negros pesares

le visten de negras nubes,

y ya no le dan tus ojos,

reflejos para sus tules;

porque mi patria está lejos,

y en ella tu brillo encubres;

porque tu ausencia me mata,

sin que el recuerdo me cure;

pues con ansia de llevarla

donde tu fuego la alumbra,

te mando el alma, y con ella
también mis recuerdos huyen;
y en el hueco de mi pecho
sólo el corazón produce
un seco y débil latido,
que cuando nace sucumbe.
Si vieras, hermosa mía
el dolor que mi alma sufre,
las lágrimas que derrama,
las penas que la consumen,
cuando sobre mí la noche
su triste fulgor difunde,
y abre sus ojos de estrellas
que palpitando relucen,
y oigo la voz de los vientos
que sorda y lejana ruge,
y nubarrones oscuros
sobre mi frente se hunden!

Entonces, en ti pensando,
del fondo del alma surge
un apagado suspiro,
que entre tormentos acude
a dar al labio una tumba
donde sus ayes sepulte;
que entre cadenas de lágrimas
atado en el pecho cruje,
hasta que roto en pedazos
de llanto, a los ojos sube,
y deja escapar doliente,
en sonos gimiendo lúgubres
por los labios de los párpados,
la voz de la pesadumbre.
Escucha, hermosa doncella,
que siempre presente tuve
en estas horas amargas,
que no ha mucho fueron dulces,

vaga imagen de mis sueños,
inspiración de mi numen,
la que por doncella encanta,
y por hermosa presume.
Si no he de ver el tesoro
que de bellezas reúne,
y del beso de tu boca
no he de aspirar el perfume;
si de tus brillantes ojos
no he de contemplar las luces,
ojos tan provocadores,
que cuando a mirarte acudes
en los cristales del agua,
te enciende en rubor su lumbre;
si no he de subir al cielo
en brazos de tus virtudes,
que nunca torne a mi patria,
ni sus campiñas salude,

ni mire flotar la espuma
de los mares andaluces,
ni vuelvan a ver mis ojos
aquellas alzadas cumbres,
escarpadas y soberbias,
de sus montañas azules,
que el aire va coronando
con sus turbantes de nubes.

No esperes que en la esperanza
consuelo a mis penas busque,
ni que a mi furia me entregue,
ni que airado al cielo culpe;
que es la muerte mi destino,
y ya el destino se cumple.

Tengo extendido en el alma
todo un cielo de inquietudes:
tú eres el sol de mi cielo;
y pues de luto te cubres,

mañana cuando la aurora
de sombra al mundo desnude,
diré a la aurora llorando,
en queja sentida y fúnebre:
“Detén tus rayos, con ellos
no mis ilusiones turbes;
que en el mundo empiece el día,
pero en mi vida concluye.”

Cruzando el Mediterráneo

¡Hermosa noche! por oriente asoma,
de bruma envuelta en anchurosa franja,
y cruzando sus velos en la altura,
do quiera tibia oscuridad derrama.
Huye la luz, bordando las esferas
con ricas orlas de colores varias,
y en los mares revueltos del ocaso
la refulgente cabellera baña.
Tenida en rayos de ilusión, desea
flotar ligera en la extensión el alma,
rasgar los tules y aspirar los gratos
frescos aromas que suspende el aura.
Tiembla la brisa de placer, meciendo
los blandos pliegues de ondulantes gasas;

partiendo sombras, las espesas nubes
el aire en cintas de arrebol desgarra,
y el cielo por encima de los orbes,
corona de diamantes, se destaca.

¡Hermosa noche! las estrellas brotan
cual copos de zafir, rosas de nácar,
que al perfumado ambiente de los cielos
sus pétalos de chispas abrillantan.

La luna, su fulgor pálido y triste
rompiendo, bellos tornasoles lanza,
florón do cuelgan los perdidos paños
que en la bóveda inmensa se desatan,
encantada azucena, sol de nieve,
globo de luz de rutilante plata,
águila de la noche, que tendiendo
allá en lo azul con majestad las alas
reposa sus miradas sobre el mundo;
que, entre velos de lumbre pura y blanca,

y en los brazos mecida del espacio,
con sueño arrobador, muda descansa;
y sus rayos en hilos destilados
por el tenue vapor rielando pasan,
y mil plumas fantásticas dibujan
del mar tranquilo en las azules aguas.
El mar, undoso ceñidor celeste
que con sus lazos a la tierra abarca,
y colgada, en los cielos la suspende,
con un girón del firmamento atada;
el mar, la losa del sepulcro inmenso
que el cadáver del mundo encierra y guarda,
do sus copas altísimas cimbrea,
cual sauces de la muerte, las montañas;
el mar, que empaña su cristal bramando,
al aliento que el aire desparrama,
sepultando una ola en otra ola,
que se pierden gimiendo en sus entrañas,

cuál del triste los míseros gemidos
se pierden en el mar de la esperanza.
Allá, extendida en la dudosa línea
que en el vasto horizonte se señala,
donde las ondas apacibles mueren,
donde se besan con amor las aguas,
cual tierno corazón que infunde vida
en el gigante mundo, late Italia.
Pedazo de la lumbre de la gloria
que las cenizas de la tierra inflama;
mentira hermosa, del Edén caída;
de una bella ilusión sagrada estatua,
que yace sepultada entre ilusiones;
lira doliente, melodiosa arpa,
que del cielo en la crespa cabellera
sus cuerdas de marfil y oro enredaba,
hasta tanto que, al mundo desprendida,
osaron los tiranos desgarrarla,

para tejer con ella sus coronas,
para cubrir de su borrón la infamia.
Y hoy sus tonos armónicos anega
entre el llanto inmensísimo que abrasa
los senos de la mar, como los mártires
anegan sus quejidos entre lágrimas;
y hoy descansa en monótona agonía,
con laureles de espumas coronada,
blancas flores del campo de los mares,
que su perfume de murmullo exhala;
y al aire da su llanto dolorido,
y al aura dice, si la besa el aura,
que pida al cielo libertad y vida,
¡ay! porque vida y libertad le faltan.

Italia

Habla, patria del arte: el mundo espera
que eleves a la gloria,
hendiendo el aire, tu triunfante grito;
rompa tu diestra la azulada esfera,
y escriba para siempre tu victoria
en la frente inmortal del infinito.
Clavado el sol en la celeste cumbre,
escucha el anatema
que lanzas a tus fieros opresores.
¿No ves, Italia, palpitar su lumbre,
fundiendo la diadema
y el cetro de oropel de tus señores?
Cuando vas la cabeza
entre las sombras de la noche alzando,
¿no ves al firmamento tu proeza

con sus ojos de estrellas contemplando;
y que, rasgando la tiniebla oscura,
vítores mil la tempestad derrama,
y que aplauden tu fama,
chocándose, las nubes en la altura?
Es que el Dios de los mundos soberano,
los espacios abriendo
con su brazo terrible, va moviendo
la obediente a su voz naturaleza,
y que, al bajar su omnipotente mano,
al pueblo que ambiciona
libertad y grandeza,
con su divina bendición corona.
Harto tiempo dormiste arrullada
en brazos de las aguas, olvidando
que tus vanos señores
aspiraban la esencia regalada
y el néctar puro y blando

del perfume oloroso de tus flores;
harto elevaste a su poder altares
mientras tus héroes a su voz morían,
y tu seno de virgen oprimían
las azules cadenas de los mares;
harto tiempo tuviste
al hierro atadas las hermosas manos;
harto la esclava favorita fuiste
del asqueroso harem de los tiranos.
Habla, pueblo, por fin; ésta es tu hora;
no esperes que otro sol haya quemado
de tu vida otra página doliente,
si no es oh, ¡Italia! que el que luce ahora,
y su fulgor por la extensión ensancha,
no basta ya para alumbrar tu frente,
que acaso está velado,
de tu vergüenza con la horrible mancha.
¿No sientes el confuso devaneo

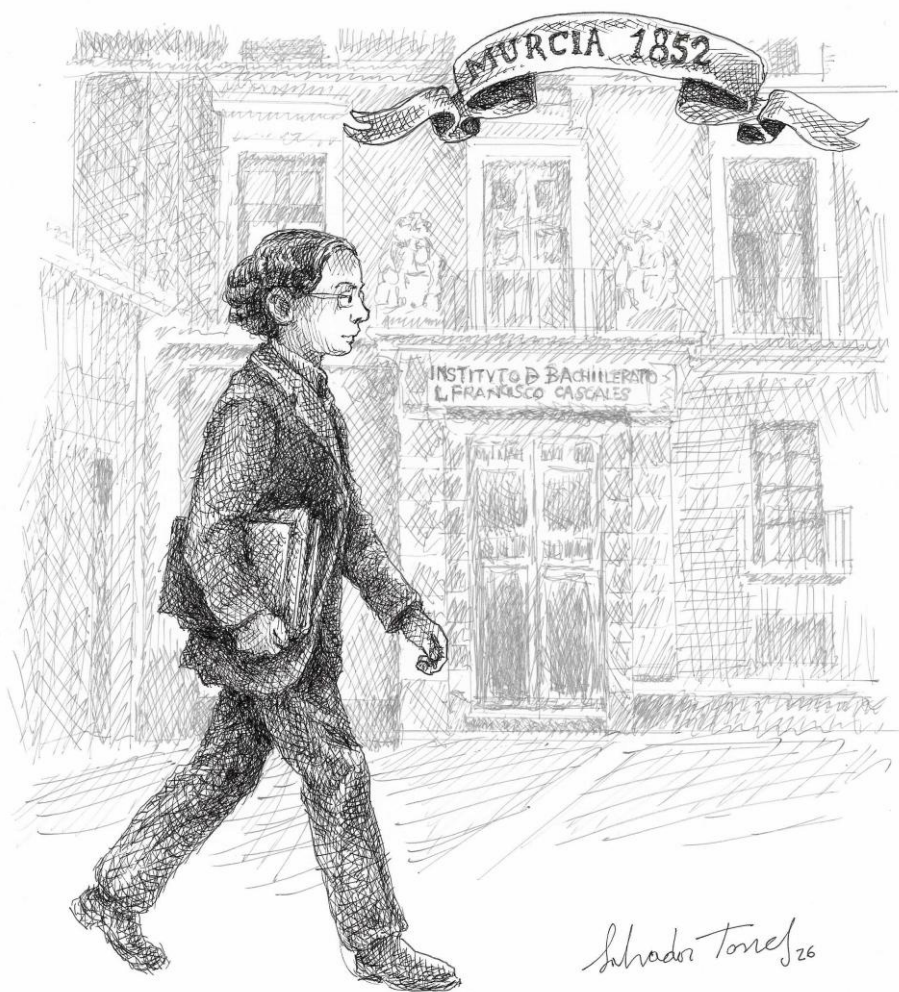
y el desorden profundo
que en las ondas del viento se engrandece,
y que en vago mareo
va erizando los ámbitos del mundo?
¿No ves la idea que robusta crece
en hombros de los pueblos, las naciones
a la lucha aprestarse, las almenas
y los solios temblar, y las prisiones
con estrépito abrirse, y entre tanto,
al sacudir los siervos sus cadenas,
turbarse el dictador con mudo espanto
en su delirio ciego?
¿No ves brillar el fuego
de los valientes que la Europa encierra,
y en sangre rebosar tu suelo mismo,
y a los déspotas todos de la tierra,
que cejan con horror ante el abismo?
Y ¿no ves a tus plantas los despojos

de poderes hundidos,
y que la nueva luz brilla en tus ojos,
y que el canto solemne de victoria
arrogante resuena en tus oídos?
¿Por qué tus brazos con ferviente anhelo
no elevas hasta el cielo,
a alcanzar los laureles de la gloria?
¡Al arma, Italia! tu febril pujanza
desata en la pelea;
que el signo de tu nombre y tu esperanza
eterno espanto a los soberbios sea.
Hierva tu fuego hasta el nevado polo,
arroja a los tiranos de la tierra,
clava tu pie sobre su frente impura,
y déjales tan sólo
el sangriento sudario de la guerra
para cubrir su horrenda sepultura.
Dios batalla por ti; será tu causa

la sacrosanta libertad del hombre,
la patria de los ángeles tu gloria,
la religión tu nombre,
las tumbas de los mártires tu historia;
serán tu escudo los flotantes velos
que cuelgan el cenit, tu grito el arte,
tus armas las de Dios, y tu estandarte
la azulada bandera de los cielos.
¡Al arma, Italia! muestra coronada
de laurel victorioso tu cabeza
a los que así te vieron ultrajada,
y rueden a la nada,
cegados por la luz de tu grandeza.
Pero ¡guay, oh nación! que entre el tumulto
de la guerrera tempestad deshecha,
con el puñal oculto
dentro del negro y pavoroso seno,
otro tirano con tesón te acecha.

Esa voz con que aplaude tu victoria,
esos dulces halagos, son veneno
que te ofrece, y la copa embalsamada
con que quiere embriagar tu sed de gloria,
en que tienes quizá los labios fijos:
esa pócima, Italia, está mezclada
con la preciosa sangre de tus hijos.
¡Despierta, pueblo! y pues a Dios le plugo
libre formar al hombre, fuera mengua
que oprimiera la lengua
de otro poder el vergonzoso yugo.
Los hombres de este siglo, los que vieron
del Eterno la esencia,
bordando los confines de la ciencia,
que anhelantes buscaron,
y que al fin en sí mismos descubrieron;
los que conciencia de su ser formaron,
irán sin duda, en el hermoso día

que oculta entre sus sombras el destino,
al santo templo del poder divino,
con su razón por guía,
en la frente grabado su derecho,
y el grito ¡libertad! sobre su pecho.
¡Habla, patria del arte! libre sea
de manchas de baldón tu faz galana,
lava con sangre el profanado suelo,
su cetro a los soberbios arrancando,
y que el mundo te vea
a los aires del cielo
el estandarte tricolor lanzando,
o el mundo de mañana,
al nacer otro sol, te verá muerta!
¡Sal, en fin, del sepulcro de tu historia,
y a la voz resonante de la gloria,
despierta, Italia; libertad, ¡despierta!



Inspiración

¿**V**eis a la tierra, por do quier creciendo,
cómo empuja los anchos horizontes,
y cómo, en ondas su extensión rompiendo,
brotan los montes?

Es que el mundo, de hinojos humillado,
a su Hacedor eterno para honrar,
con luces de volcanes adornado,
alza un altar.

¿Veis esos campos, ricos en colores,
velados por celajes de perfume,
que el aire arrebatando de las flores,
leve consume?

Es que las auras con su esencia bella
tiñen de azul y de esmeralda el suelo,
y bordando una flor por cada estrella,

copian al cielo.

¿Veis ese sol que bulle en el espacio,
fundiendo en oro la tiniebla oscura,
y con rayos de nácar y topacio

rasga la altura?

Es que rompiendo en fúlgida belleza
su techumbre de encajes ilusoria,
oprimida de Dios por la grandeza,

se abre la gloria.

¿Veis a la noche oscurecer la esfera,
y alzarse de los ámbitos profundos,
arrastrando su negra cabellera

sobre los mundos?

Es que de tanta inmensidad medrosa
temblando la creación con mudo espanto,
para cubrir la faz majestuosa,

tiende su manto.

¿Veis la tormenta que en los aires truena?

¿Veis desatado al aquilón bramar,
y cómo en cárcel de revuelta arena
 cruje la mar?

Es que la mar, la tempestad y el viento,
uno del otro reluchando en pos,
con acorde y gigante movimiento
cantan a Dios.

El eclipse de sol

Vuela, gigante sol, rasga la zona
bajo tu planta ardiente,
y circunda las sienes de Occidente
con las flores de luz de tu corona.
Vuela, sí; que medida
tengo yo de tu brillo la existencia
en el reló infalible de mi ciencia.
Ya se acerca el instante: oscurecida
tu faz brillante y bella
veré pronto a mis ojos presentarse,
y, retratado en ella,
me ofrecerás tú mismo
el negro espejo del inmenso abismo,
que miras a tus pies amontonarse.

Vuela, gigante sol: que todavía
pueda verte un momento
en la frente posar del firmamento
el rubio beso de la luz del día;
que pueda devorar con ciego anhelo
los torrentes de llamas
con que bordas e inflamas
los azules peristilos del cielo;
y en tus ondas de púrpura y de plata
mirar bañarse pueblos y lugares,
y derramarse en rauda catarata
desde la altiva cumbre,
dorando montes y tiñendo mares
el áureo polvo de tu hirviente lumbre.
Ya de tintas el aire se engalana...
Ya sonó la señal... ¡Qué! ¿De tinieblas
no te cubres, oh sol? ¿Será que al cabo
el hombre se engañó?... ¡Sospecha vana!

Porque tú, tan brillante y tan hermoso,
eres al fin, como materia, esclavo
de eternas leyes, a que estás sujeto
con impotente calma,
y el hombre, victorioso,
apagará tu resplandor inquieto
con los libres alientos de su alma.

No vuelas, no; ya es tarde:
no luce ya tu refulgente disco,
ni en la alta cima del breñoso risco
el limpio fuego de tus rayos arde.

¿Qué pincel soberano
de oscuridad te tiñe?
¿Qué indefinible ser, qué osada mano,
laurel de sombras a tu frente ciñe?

¡Espantosa visión! cómo a mi mente
y a mis sentidos pasma!

Allá, sobre los mundos, se dibuja
fatídica, imponente,
la mole aterradora del fantasma,
cual el reflejo lívido y sombrío
que la mano de Dios proyecta enorme,
al posarse en el sol, sobre el vacío;
o cual monstruo deforme,
que la luz de los cielos devorando
entre sus fauces lóbregas y oscuras,
y abriendo en lontananza
sus alas de crespón, por las alturas,
de negras noches coronado, avanza,
y se aproxima, y crece,
y un vértigo de fúnebres vapores
sobre mi frente deja,
y rápido se aleja,
y vuela, y desaparece
por mares y por lagos,

la imagen de sus formas repitiendo,
y entre los aires vagos
su plumaje de nubes sacudiendo.
Todo, por fin, ante mi faz se oculta...
¡Qué instante!... El orbe yerto
queda, inmóvil y muerto,
y un sudario de nieblas le sepulta,
cuyos pliegues clavados
en la alta cumbre del espacio quedan,
y montones de abismos hacinados
con sorda calma sobre el mundo ruedan.

¡Qué grande es el Señor! Esas alfombras
de corpulentas sombras,
que cruzan la extensión de polo a polo,
son, con su masa colosal y densa,
un átomo tan solo
del polvo que su planta,

al caminar por la región inmensa,
de las celestes bóvedas levanta.
Él ve desde su trono
inflamarse los ámbitos profundos
al lampo de sus fúlgidos destellos,
y las chispas de luz de sus cabellos,
al flotar en los aires, se hacen mundos.
Y esos lucientes astros,
que tejen a sus pies una guirnalda
de fuegos y alabastros;
esos globos de plata y esmeralda,
que en redor de su dedo misterioso
se revuelven y giran,
al leve soplo de su dulce aliento,
su luz, su gala y su color aspiran.
¡De rodillas, mortal! Oye mi acento,
y ante la gloria de tu Dios eterna
tu altiva sien y tu saber prosterna.

No temas, no, caer; los otros seres
no te hallarán jamás de tus poderes
ni de tu imperio falto,
aunque inclinar te miren el primero
la frente ante tan grandes maravillas;
que es el hombre tan alto,
que, aun postrado ante Dios, el orbe entero
es mezquino escabel de sus rodillas.

¡Qué momentos, oh soll! ¿Por qué apartada
con empeño terrible
conservas de los mundos la mirada?
¿Será que ver no puedes impasible
al crimen y al encono
sentados ¡ay! sobre brillante trono,
ni agitados los mares,
ni rotas las entrañas de la tierra
al rudo golpe de implacable guerra,

ni los santos altares
del bien y del derecho destruidos,
ni esas flores que, en campo de dolores,
recogieron los pueblos oprimidos
con sus invictas manos,
marchitas en frescura y en colores
al aliento mortal de los tiranos?
¡Ah, si tu faz pudiera
contemplar otro mundo y otros hombres,
al lucir otra vez sobre la esfera!
¡Si destacarse viera,
sobre un manto de siglos empolvado,
pirámides sin fin de tumbas frías,
selladas con los nombres
del poder y grandeza de otros días!
¡Inmensos restos del error pasado,
despojos del destino,
que el ronco canto de victoria alzarán,

y eternos señalaran
a los futuros pueblos el camino!
¡Ah! yo también de mi canción el vuelo
alzaría con éxtasis profundo,
si al dorar otra vez tu luz el cielo,
dorara un sol de libertad al mundo.

Mas ¡qué miro! De gotas argentinas
la bóveda se esmalta!
¿Es que, deshecha tu corona, salta
en pedazos de estrellas fulgurantes,
sembrando los espacios de diamantes?
Cual brotan los errores y las penas
en medio de los hombres cuando oprime
el mal a la justicia, o cuando gime
la voz de la verdad entre cadenas,
así, cuando recoges tus fulgores
con pálido desmayo,

tú, sol, que no consientes
a otros astros brillar resplandecientes
ante el fuego ardoroso de tu rayo,
miras bajo tus huellas
lucir hasta las tímidas estrellas,
que de tus propias galas se vistieron,
y en tu lumbre su lumbre recogieron.
Mas pronto, por fortuna,
tornarás a la vida,
y apagarás su claridad mentida;
que una es la luz, cual la verdad es una.

Respiro al fin: ¡oh sol, bendito seas!
Oye el grito vibrante con que el orbe
su ardiente gozo, al saludarte, muestra,
y al ver que, conducido por tu diestra,
radiante de belleza y de armonía,
rompiendo sombras, se adelanta el día.

Cual guerrero gigante, de su manto
los anchos pliegues por el aire tiende,
y suelta en rizos, al azar desprende
la roja cabellera de amaranto.

A su solemne arribo,
cubre desde el Ocaso hasta el Oriente
su armadura de púrpura y topacio:
es su espada de luz; la blande altivo,
e inflamase el espacio;
por casco lleva el luminar fulgente
de la brillante aurora, recamado
con golpes de lucientes arreboles,
y en el crestón de nácar y de plata
se eleva, entre vistosos tornasoles,
un penacho de nubes de escarlata:
ostenta por escudo al mismo cielo,
y muestra, en fin, bordado
en su extendido velo,

con rica gala y mágico decoro,
sobre campo de azul, un sol de oro.

Y yo, al mirarte coronar los mundos,
cantaré tu hermosura; más al tiempo
que con mi lira trémula acompañe
la prez de tu victoria,
haz que los cielos de mi patria bañe,
sobre campo de honor, un sol de gloria.



Isidoro Máiquez

Sol de la hispana escena, sin segundo.

(Martínez de la Rosa.)

Inmenso mundo, que al azar caminas
colgado en las serenas
regiones del azul, con las cadenas
del poder infinito; que iluminas
con antorchas de genios inmortales
tus misteriosas huellas;
detén, clavado en la extensión, la planta.
A tus ojos la sombra se levanta
de un hombre que, en tu suelo,
la altiva frente levantando al cielo,
ciñó corona fúlgida de estrellas.
De su numen las gracias celestiales
al noble impulso de su fama canto.
Óyeme, pues, mientras mi voz levanto

en honor de ese hombre:

¡De rodillas, oh mundo, ante su nombre!

Flotante en las alturas, y enlazada
entre nubes de rosa,
hay un arpa suavísima, esmaltada
con mágicos colores,
que en la celeste bóveda se extiende;
sus cuerdas prodigiosas
son guirnalda de estrellas y de flores,
su dulce canto los espacios hiende,
su melodiosa voz el aire llena;
pura, encantada lira,
que en manos del Señor terrible suena,
y en manos de los ángeles suspira.
Derrama ¡oh cielo! sus divinos sonos
en mis pobres canciones,
y vierte en mis acentos su armonía,

en nombre del artista y su memoria,
en nombre de su gloria,
en nombre ¡oh cielo! de la patria mía.

¡Cuán hermoso es nacer cuando las puertas
de la existencia humana
la mano del Eterno tiene abiertas,
y de luz con sus rayos engalana;
y al pisar los dinteles
de la dorada esfera,
donde ruedan los aires de la vida,
sentir que ciñen la cabeza erguida,
tejidos con los aires, mil laureles;
y al sacudir la frente,
que el puro brillo de la luz primera
reflejar ambiciona,
sobre la sien ardiente
sentir que brota la inmortal coronal!

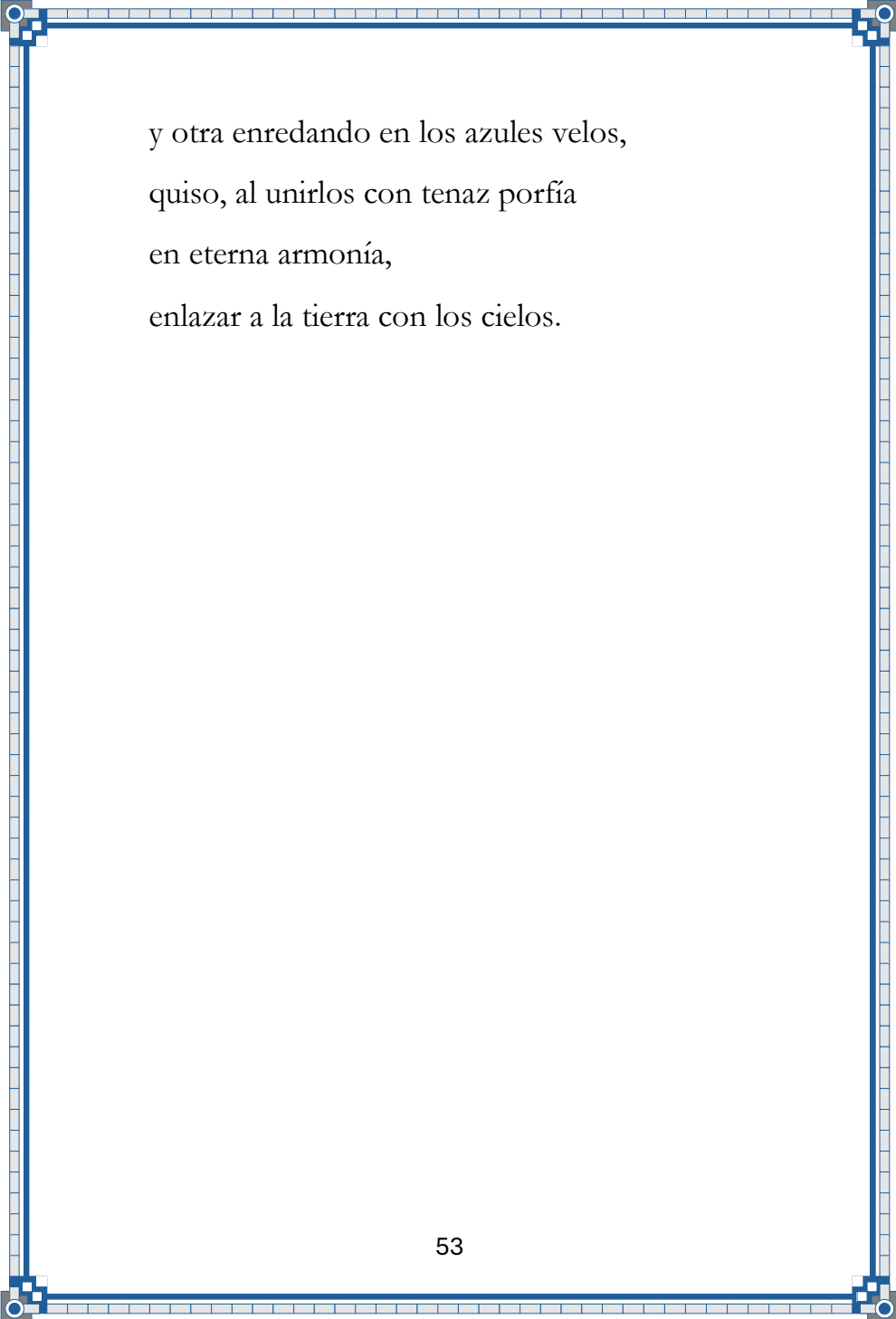
¡Cuánto gozar debiste,
insigne Máiquez, los hermosos días
en que el ídolo fuiste,
sobre la hispana escena,
del pueblo inmenso que a tus pies tenías!
Pálido entonces de placer veías
la atmósfera crujir, de aplausos llena,
y tu voz suspendiendo
las almas todas, resonante alzarse,
y al espacio elevarse,
las ondas de los vítores rompiendo.
¡De la gloria alcanzar la ilustre palma,
sentir su arrullo y su armonioso tono
resbalar por tu oído,
y ensancharse tu alma,
y alzarse a Dios hasta tocar su trono,
y al murmullo del mágico sonido,
dormirte de coronas en un lecho,

mirar crecer la admiración y el pasmo,
y venir a estallar contra tu pecho
el vibrante clamor del entusiasmo;
y luego, en el momento
en que tu voz callaba,
expresando la acción tu sentimiento,
entre el mudo silencio que reinaba,
escuchar comprimirse las pasiones,
y aplaudirte, al latir, los corazones;
mirar de espanto enmudecer el arte,
contemplar a los reyes y a los sabios
sus plácemes brindarte,
y con placer profundo,
al soplo de tus labios,
sentir de dicha estremecerse el mundo!

¡Cuánto gozar debiste! qué embeleso
debió brillar en tu febril mirada

tras de la gloria en el azul lanzada!
Las obras del artista son el beso
de paz y de ventura,
que da la inspiración a la belleza,
al hacer descender desde la altura
sobre la tierra su inmortal cabeza;
sólo la inspiración pudo enseñarte
a clavar tus estrellas en la esfera
que baña con su luz el sol del arte;
porque la noble y fiera
acción de *Roma libre*, la serena
calma de *Bayaceto*,
y del *Orestes* el ardor inquieto,
y del triste *Mitrídates* la pena,
y de *Bruto* el anhelo,
y la pasión terrible del *Otelo*,
son estrellas del cielo de poesía,
que radiante cubría

la inmensa gloria de tu vida entera;
de aquel cielo de lumbre prodigiosa,
que dosel de tu trono entonces era,
ahora quizá de tu sepulcro losa.
¡Sepulcro! sí. Cuando en la fresca orilla
que en el Genil retrata su belleza
encuentres, caminante, una sencilla
y blanca cruz de piedra, dibujada
sobre el manto de flores de Granada,
repara, al detener el pie cansado,
que Máiquez vive allí; que su grandeza
los siglos ha llenado;
que el gigante cadáver de su gloria
no cabe en el sepulcro de la historia,
y que su genio grande, sin segundo,
ornado siempre de brillantes galas,
lanzó al espacio las hermosas alas,
y tendiendo una de ellas sobre el mundo,



y otra enredando en los azules velos,
quiso, al unirlos con tenaz porfía
en eterna armonía,
enlazar a la tierra con los cielos.

A mi madre

Al partir

Es verdad; en mi alma

pintarse miro,
con colores de llanto,
triste suspiro
es el aliento
que derrama en mis penas
tu pensamiento.

Es que mañana, madre,
viene la ausencia
a oscurecer la aurora
de tu presencia.
¡Aurora vana!
hoy brillante de rayos,
sombra mañana.

Por eso de los cielos
la gracia imploro,
y por eso en la tierra
vierto mi lloro.
¡Ah! lloro escaso,
forma un mar, que se oponga
siempre a mi paso.

No faltará mañana,
si hay que cruzarle,
un bajel de desdichas
en que pasarle;
que en mar de amores
no flotan más bajeles
que los dolores.

Perdona, madre; el labio,

cual triste lira,
al eco de tu acento,
ronco suspira.
¡Ah! el desvarío
tan sólo arranca quejas
al labio mío.

Voy a partir al cabo,
dejando impreso
en la flor de tus labios
mi ardiente beso:
nuestros amores
guardan besos tan puros
como las flores.

Haz, madre, que su gala
no se marchite,
por más que tu gemido

su aroma agite.
Quiero encontrarlo
otra vez en tus labios,
y allí besarlo.

En amores la ausencia
es como el aire,
que apaga el fuego chico,
y aviva el grande.
Esto decía
un cantar que recuerda
la infancia mía.

Yo comparo a las sombras
¡ay! mis amores;
que cuanto más se alejan,
se hacen mayores.
¿Do irá mi calma,

si la luz de mis sombras,
madre, es tu alma?

Cuando pierden mis ojos
la altiva cumbre
donde engarza la aurora
perlas de lumbre,
y en mis hogares
no escuche los murmullos
de nuestros mares;

Cuando miren mis ojos,
pardas y extrañas,
las faldas gigantescas
de mis montañas,
y ya perdido,
contemple el santo suelo
donde he nacido;

Cuando a través del llanto
mire a los montes
orlar, cual vagas nubes,
los horizontes;
en mi agonía,
derramaré en los aires
¡un Madre mía!

Y al llegar a tu lado
mi voz doliente,
y al posarse mi beso
sobre tu frente,
tu desvarío
derramará en los aires
un ¡hijo mío!

Y al chocarse en los aires

los dos acentos,
de lágrimas bordando
nubes y vientos,
la gloria pura
enjugará en sus velos
tanta amargura.

El beso

El beso, como tierna mariposa,
que va de flor a flor volando breve,
de boca a boca desprendido, mueve
sus tenues alas de color de rosa;
Es a veces sonrisa cariñosa,
que el dulce gozo sobre el labio llueve,
o lágrima tal vez ardiente y leve,
que del llagado corazón rebosa;
O bien suspiro triste y anhelante,
que da la angustia a la perdida calma;
más para mí, que gimo delirante,
de amor ornado por la hermosa palma,
es la esencia del alma de mi amante,
que baña las esencias de mi alma.



Salvador Toner 26

La última estrella

A Ángela

Iba la noche a declinar; volaba,
meciéndose entre sombras, hacia ocaso,
y con su masa informe,
montones de tinieblas arrastraba,
al extender su paso.

Asida al brazo enorme
del oscuro fantasma de Occidente,
marchaba a sepultarse en lo profundo;
y el soñoliento mundo,
con pasmo mudo y frío,
del ancha faz de la breñosa frente
miraba alzarse su fanal sombrío.
derramando serena,
en vez de rayos, trémulos suspiros,
la triste luna su fulgor borraba,

y cual blanca azucena,
que, arrancada del tallo, entre sus giros
el huracán agita,
entre nubes rodaba
por el espacio, pálida y marchita;
y el azul esculpido
se mostraba de chispas fulgurantes,
vivísimas y bellas,
cual si hubiera la luna sacudido
su corona de plata y de diamantes,
sembrando el cielo por do quier de estrellas.
Iba la noche a declinar, y ufana
se aprestaba a seguirla la mañana,
pintando con suavísimos fulgores
el tachonado velo
de cándidos colores,
tibio rubor con que bañaba el cielo
su faz encantadora,

al sentir dulcemente
palpitar en los labios del Oriente
el rojo beso de la blanca aurora.

Yo estaba solo en medio del recinto
de un mundo helado, muerto,
y mi loca y ardiente fantasía,
comprimida en confuso laberinto,
reposaba también: me parecía
que el orbe era un desierto,
y yo la humanidad; sólo vivía
en torno de mi frente
el rumor imponente
de las sombras, que, vagas, arrastrando
por las tendidas faldas
sus flotantes guirnaldas,
me estaban en sus pliegues encerrando;
y una pesada calma

ataba en nudo estrecho,
con cadenas de asombros, a mi alma
en el oscuro fondo de mi pecho.
Vibró al cabo un momento
el denso pensamiento
que daba al triste corazón martirio,
buscando con frenético delirio
luz y vida, y placer y sentimiento.
Creyó mi afán que el cielo era la losa
extensa y tenebrosa
que rápida bajaba,
desplomándose, al fin, desde la altura,
y con su vasta inmensidad tapaba
de los mundos la horrenda sepultura:
y me sentí morir, y el mudo espanto
que encerraba a mi ser rasgó su muro
por dar salida al oprimido llanto;
mas no pude llorar: al labio gritos

pidió mi devaneo;
y el labio, seco y duro,
negose a derramar los infinitos
insaciables torrentes del deseo.
Ansié después en vano
viento que el mar de mi dolor barrera,
aire que el pecho respirara ufano,
y, sobre todo, luz mirar do quiera,
brillar espacios y encenderse luego,
y ver girar en torno de mi cráneo
un infierno de fuego,
que, al campo hirviente de sus rayos rojos,
apagara instantáneo
la sed voraz de mis ardientes ojos.
En tan horrible extremo
rompí del estupor los eslabones
con un esfuerzo mágico, supremo,
alzando al cielo los dolientes brazos,

mordiendo un ¡ay! que vaciló en mi boca,
retorciendo del alma los pedazos,
haciéndola gemir en sus prisiones,
y, en fin, volar desesperada, loca,
en busca de otra luz y otras regiones.
Y se lanzó: con ímpetu violento
las cumbres escaló del firmamento;
mas al buscar las huellas
que en él dejó grabadas la aureola
de la fúlgida luz de las estrellas,
vio una sola no más, ¡ay! una sola,
que, cual postrer quejido de agonía,
con lívido desmayo,
tristísima vertía
su dulce y tenue y macilento rayo.
Yo bebí su fulgor, y la mirada
en su brillo fugaz dejé posada,
con infinito anhelo,

con eterna constancia
libando ansioso y devorando esclavo
la ilusión de su lánguido consuelo.
Y el tiempo trascurrió; borrose al cabo
el débil resplandor, y en la distancia
la estrella se perdió: ¡tormento extraño!
Después de contemplar desvanecida
su blanca luz, con lisonjero engaño,
soñaban verla aún, clara y serena,
los ciegos ojos de mi amarga pena.
Mas ¡ay! la mente la miró perdida,
y yo corrí, desfallecido, inerte,
a dejar en los brazos de la muerte
el último suspiro de mi vida.
De repente oh ¡placer! latió mi seno,
y sentí con dulzura
nadar al alma mía
en un mar de color y de armonía:

era que, puro y de belleza lleno,
radiante de hermosura,
rompiendo sombras, se elevaba el día.

Ángela, escucha: cuando el labio gima
con ayes de dolor, cuando la angustia
tu corazón oprima,
y una lágrima sienta
tu mejilla rodar, pálida y mustia;
cuando acercarse mires en tu daño
la figura sangrienta
del espectro fatal del desengaño;
cuando tu pecho tuerzas
entre los hierros del espanto ciego,
y no puedas llorar tu amarga suerte,
ni dar al alma sentimiento y fuerzas,
ni alzar al cielo el suplicante ruego;
cuando sientas el beso de la muerte

tu boca acariciar, y en lontananza,
tu vista dolorida
contemple ya perdida
la postrera ilusión de la esperanza,
no doblegues la flor de tu existencia
al huracán sañudo
que agosta el corazón del desdichado,
pues te guarda quizá la Providencia
consolador escudo,
donde hallarás bordado
con risueños y mágicos colores,
en campo de placer, un sol de amores.

Canto del águila

Como lágrima triste,
que el mundo llora,
por el rostro del cielo
rueda la aurora;
y yo, entre tanto,
hago que por los aires
ruede mi canto.

La tierra de colores
se viste ufana
a los rubios fulgores
de la mañana.
Mundo, despierta;
que la estrella del alba

llama a tu puerta.

También su albor luciente
llega a mi lecho,
dando luz a mi frente,
vida a mi pecho;
también yo, ufana,
me visto los colores
de la mañana.

Baña el sol de los montes
la altiva cumbre,
derramando en los valles
mares de lumbre;
alzase luego,
y ciudades y torres
borda de fuego.

También el sol saliente
baña el encaje
que borda los dibujos
de mi plumaje:
sus rayos rojos
a lanzar por la esfera
vuelven mis ojos.

Cuando el sol por Oriente
su luz levanta,
tiende el mundo los mares
ante su planta;
pero mi pluma
bañan del sol los rayos,
del mar la espuma.

Lanza el sol a las aguas
sus hebras blondas,

y el mar para cogerlas
lanza sus ondas;
y yo, entre tanto,
sobre el sol y las aguas
lanzo mi canto.

Es mi lecho de amores
la parda roca
que, en la cima del monte,
al cielo toca:
en sus cimientos,
rotos contra las peñas,
crujen los vientos.

Mientras que allí domino
los horizontes,
la una garra en las nubes,
la otra en los montes,

y, en mi deseo,
sobre montes y nubes
me señoreo;

Mientras sobre la lumbre
de los volcanes
miro rizar mis alas
los huracanes,
y hasta en el seno
de mi cóncavo nido
gemir el trueno;

El hombre en sus palacios,
pobres, pequeños,
soñando en su grandeza,
duerme sus sueños.

Mentira al cabo:
¡sólo es grande el que es libre,

y él es esclavo!

Yo cruzo los espacios
con vuelo altivo,
yo tan sólo soy libre,
yo sola vivo.
Sí, no te asombre,
mundo: yo soy más libre
que lo es el hombre.

Su libertad el hombre
siempre pregona.
Y al oro la encadena
de una corona;
mi rudo anhelo
no sufre más corona
que el alto cielo.

Y el hombre muere ahogado,
bajo del peso
de doradas cadenas
de leyes preso.
Si su memoria
a través de la muerte
busca la gloria,
se erige un monumento
con ciego encono,
un trono amontonando
sobre otro trono.
¡Gran desvarío!
¿Llegarás con tus tronos
al trono mío?

Mis leyes son los aires,
y los desgarró,
haciendo entre sus ondas

rodar mi carro.

Mundo, tus reyes,
cual la araña sus telas,
tejen sus leyes.

Cuando el sol a la tarde
pálido llama,
y su llanto de luces
triste derrama;
cuando las brumas
abandonan su blando
lecho de espumas;

Cuando del verde campo
forma el ramaje
oscuros pabellones
con su follaje,
y en todas partes

cuelga la negra sombra
sus estandartes;

Cuando cierran las flores
su casto broche
y bordada de nieblas,
se alza la noche;
yo me levanto,
y entre el mudo silencio
suena mi canto.

Y mientras en los aires
voy a arrojarme,
y en la faz de la luna
voy a mirarme,
rasgan mis huellas
alfombras de esmeraldas,
techos de estrellas.

Yo cruzo los espacios
con vuelo altivo,
yo tan sólo soy libre,
yo sola vivo.
Sí, no te asombre,
mundo: yo soy más libre
que lo es el hombre.

Despierta de tu estéril
sueño profundo,
y a través de tu gloria
mírame, mundo.
Mírame: al cabo
¡sólo es grande el que es libre!
Tú eres esclavo.

La primavera

La nieve de los montes se consume...

Su verde manto ciñe la pradera,
nace entre aromas y gentil perfume
la dulce y sonrosada primavera.

Mécela en tanto el céfiro, perdido
de gayas flores en graciosa cuna;
la brisa lleva su fugaz gemido,
vela su sueño la modesta luna.

Brinda el árbol su sombra y su aliciente
al manso arroyo, que le presta vida;
tiernas flores esmaltan la corriente,
que las besa, las deja y las olvida.

Pomposos ramos, esparciendo sombra,
al campo visten protector follaje,
galas al césped, y a sus pies alfombra,
de vistoso color rico plumaje;

Y el prado, espejo del celeste velo,
de flores orna su corona bella;
se tiende inmenso, reflejando el cielo,
y le ofrece una flor por cada estrella.



A la Virgen

Quien oyó tu dulzura, ¿qué no tendrá por sordo y desventura?

(Fray Luis de León.)

De este valle sombrío,
que riega de los míseros el llanto,
aparto el pecho mío,
y hacia tu trono santo
mi débil voz y mi oración levanto.

A ti, cuyos fulgores
rompen la sombra y la tiniebla oscura
del seno de dolores
do la humana criatura
gime, envuelta en horror y desventura.

A ti, mística rosa,
que el sentimiento marchitó en el suelo,
y tornaron preciosa
las aguas del consuelo,
que fecundan los ámbitos del cielo.

A ti, que eres, Señora,
símbolo misterioso y escondido
de cuanto el hombre adora,
postrado y confundido,
y de los fuegos de la fe vestido.

Flor de aroma sagrado,
que al mundo esparce su fragancia amena,
y al pecho da cuitado
la paz dulce y serena,
y al alma baña y engrandece y llena.

Manantial de ventura,
do el hombre bebe con ansioso anhelo
paz y vida y dulzura
del infelice suelo;
ebúrnea torre, que corona el cielo.

Estrella matutina,
que nace siempre eterna y siempre nueva;
antorcha peregrina,
que a los hijos de Eva
a manso puerto con su lumbre lleva.

Entre velos de oro
el cielo te alza un templo, y te proclama
su Reina y su tesoro,
pura y creadora llama
del santo amor que nuestro amor inflama.

En tu regazo tierno
al Salvador del mundo omnipotente
depositó el Eterno,
y su diestra fulgente
de luz y lauro coronó tu frente.

Y al pie del Crucifijo,
ornó tu sien de enrojecidas flores
la sangre de tu Hijo;
y tú, Madre de amores,
las bañaste en el mar de tus dolores.

Los mundos te cantaron
Madre de amor y paz, Reina elegida;
los cielos te guardaron
diadema esclarecida,
con almas de los ángeles tejida.

Yo separo mis ojos
de esta vida fugaz y transitoria,
y postrado de hinojos,
aclamo tu victoria,
cegado por los rayos de tu gloria.

Con el vago deseo
del triste corazón que a amar empieza,
por do quiera te veo,
radiante de pureza,
sembrar por los espacios tu belleza.

Te miro en el Oriente
trayendo al sol, y caminar te siento
tranquila y dulcemente
por las ondas del viento
en la bóveda azul del firmamento.

Te miro tras la nube
rosada, que a lo lejos se desvía,
y por los aires sube;
te miro dar al día
su ardiente resplandor y su alegría.

Te siento en la serena
noche, que con la luna te levantas,
y de fulgores llena,
rasgando te adelantas
pabellones de estrellas a tus plantas.

Y, anhelante, te estrecho
de mi mente en los senos recogida;
te adivino en mi pecho,
en mi alma dolorida,
en mi triste destino y en mi vida.

Así dulce me atiendas
cuando mi acento en su fervor te aclame,
y benigna desciendas,
y tu mano derrame
consuelo en mi dolor cuando te llame.

Así, luz de belleza,
me conceda tu gracia protectora,
para cantar tu alteza,
un destello, Señora,
del áureo rayo que tu lumbre dora.

Así propicia y tierna
nos des amparo y tu piadosa guía,
y hasta la vida eterna
sea tu nombre, María,
la santa enseña de la patria mía.

Génesis

Era la nada: entre sus vagas olas
de la creación el germen fermentaba,
y el ser de Dios sobre su faz vagaba,
meciéndose en informes aureolas.
Era una voluntad omnipotente,
un espíritu puro, que latía
sobre la misma nada, y que vivía
creciendo eternamente
y más allá: una esencia
en los arcanos de su ser perdida,
y en su propia grandeza confundida,
que prolongaba siempre su existencia,
creaciones tras creaciones hacinando,
y nunca al linde de su ser tocando.
Era un presente misterioso, inerte,

flotante en el aliento,
pesado y soñoliento,
de un pasado sin fin, teñido en muerte;
y envuelto en el presente y el pasado,
era también quizá lo venidero,
en medio de la nada aprisionado,
y muerto sin nacer; y era el primero
crepúsculo del caos mudo y frío.
Era la eternidad, lo inmenso era,
espacios tras espacios, y el vacío,
y espacios más allá: Dios por do quiera.

En el primer instante,
el caos, sombra augusta, vacilante,
que el Hacedor Supremo proyectaba
allá en la inmensidad, aparecía,
rebotando en sí mismo alborotado
y ciego y bramador se revolvía,

oscilando y rugiendo,
y sus cóncavos senos retorciendo.
Mas Dios apareció: su fuerza santa
desarrolló de la creación la alfombra
delante de su planta,
hendió los aires, por la opaca sombra
derramó su mirada omnipotente,
arrancó la diadema de su frente,
alzó en los aires la terrible diestra,
y de la altura en la perdida zona
dejó grabada su divina muestra,
al sellar el cenit con su corona;
y al círculo trazado
en la negra extensión, rasgose el velo
de la cubierta oscura, y tachonado,
tendió sus ondas el azul del cielo.
Bajó su mano el Hacedor, quebrando
el fondo de los antros, y mostrando

en los senos oscuros
de su eterno poder el signo escrito;
en hondos pliegues separó las sombras,
y sus brazos gigantes
cimentaron los muros
que, allá en el infinito,
sostienen al pesado firmamento;
en hojas tremolantes
los mantos del abismo se rasgaron,
y sus negros jirones humeantes
del espacio en los límites colgaron;
Y, pesando después sobre la cumbre
la voluntad de su divina Esencia,
al gravitar la enorme pesadumbre
sobre el revuelto caos,
quebráronse sus ejes rebatidos;
tronó la Omnipotencia,
gimieron los espacios comprimidos,

sus torrentes los tiempos desataron,
en el fondo sombrío
los informes abismos se cuajaron,
suspiró lo profundo,
y por los vastos poros del vacío,
condensando las sombras, brotó el mundo.

Y dijo la Potencia soberana:
Hecha sea la luz. En el instante,
con su pura mirada centellante,
tiñó de roja grana
y de cárdena aurora las alturas,
rasgó del firmamento
las bóvedas oscuras,
y sus rápidas ráfagas tejieron,
cruzando por el éter inflamado,
áureo dosel de soles,
que, desprendidos al azar, cayeron,

bordando los espacios de arreboles;
y la sombra deshecha,
mostró su negra masa encadenada
del abismo en los senos, y bañada
de lívido fulgor... La luz fue hecha.

“Haya luz...” y hubo luz. Rodó el acento,
por el viento sus olas derramando,
y luz do quiera derramaba el viento;
y la luz, desplegando
su blonda cabellera,
por la extensión de la dorada esfera
tendió sus ígneos y revueltos mares
de rojas ondas, y en su lumbre luego
encendieron los altos luminares
sus fantásticas flámulas de fuego.
La luz reinó en el orbe; en su alegría,
besó la frente pálida del día,

y, con su dulce beso,
al sol dejó sobre la frente impreso;
lloró después, y al enjugar el llanto
con el celeste manto,
grabó en él las estrellas una a una;
y abrió, por fin, la concha de la noche
desprendiendo del nácar de sus nubes
una perla blanquísima: la luna.

Las nubes, leve incienso
quemado en el inmenso
pebetero del mundo, desgarradas
por la mano del trueno,
y en torrentes de mares transformadas,
cayeron sobre el seno
de la candente mole de granito;
y, a los ecos del grito
que allí exhalaban las hirvientes aguas,

temblaron en redor los horizontes,
hundiéronse los valles,
alzáronse los montes,
rugió, agitando en vano
el líquido Océano
sus ásperas cadenas de huracanes,
y el fuego interno, ahogado y sorprendido
bajo esta red de hielo,
lanzó entre lava su postrer gemido,
elevando hasta el cielo
la comprimida voz de los volcanes.
Sobre la faz del sólido cimiento
tendió la flora su pomposo encaje;
vistió el fauno sus galas;
con latido violento
movió la sangre el pecho de la fiera;
el ave, suspendida en el ramaje,
lanzó a los aires las inquietas alas;

y, al estrechar la tierra placentera
en su seno materno
a la nueva creación, en él mecida,
sintió bajo sus plantas el Eterno
rodar el mundo y palpar la vida.

Llegó el último día:
la materia, arrancada
por la Esencia creadora
de las espesas garras de la nada,
oyó sonar la hora
final de la creación, y entró humillada
en el sagrado templo
de las obras de Dios, que aparecía
con los destellos de su luz radiante,
y por la inmensa inmensidad flotante.
Después, bordadas las ligeras alas
con el fulgor del cielo,

coronada la frente de laureles,
atravesó el espíritu
con silencioso vuelo
de la mansión augusta los dinteles,
e imprimió en la materia
un ósculo dulcísimo. Entre tanto
los orbes detenían
su incontrastable curso, y conmovían
la cúpula del templo con su canto;
oscilando, los aires elevaban
sus inciensos de nubes a la altura,
y los astros teñían
con luz brillante y pura
las cimbrias del celeste monumento,
y, cual gigantes lámparas, pendían
de la bóveda azul del firmamento.

Y materia y espíritu, enlazando

sus castas frentes bajo el ancho velo
que se pierde en los ámbitos del cielo,
prometidos esposos,
que al fin iban a unirse, se estrecharon
en abrazo de amor, y silenciosos,
sobre la faz del mundo se postraron
delante del altar. Mas de repente
tembló la inmensidad; bramó en el caos
el orbe confundido;
un silencio imponente,
llenando mudo la creación entera,
brotó de los profundos;
en su eterna carrera
paráronse los mundos;
heló la luz su fuego; suspendida
en rudo pasmo, vaciló la vida;
ahogó su ronco aliento
el eco enorme de la voz del viento.

Y adelantose Dios: su soberana
diestra bajó de la azulada cumbre,
cruzó rasgando la extensión lejana,
levantó de la esfera la techumbre,
ciñó la casta sien de los esposos,
unidos ante el ara en tierno abrazo
con la nupcial diadema,
y sobre el santo lazo
dejó caer la bendición suprema.

Inclinada la tierra aparecía
ante tanta grandeza
en el momento aquel; naturaleza
su engalanada frente
con pliegues mil de oscuridad ceñía,
y las sombras espesas de Occidente
borraban en montón de su cabeza
el rojo rayo de la luz del día;

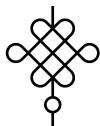
los cielos coronaban las azules
cimas del horizonte con sus tules
flotantes y talaes,
que al espacio en su círculo encerraban,
y que, ciñendo la extensión, colgaban
sobre la inquieta espalda de los mares;
el sol, bordando el azulado techo
de pálidos fulgores,
reclinaba sus sienes en el lecho
que brindaba la noche a sus amores;
y el mar, meciendo su cristal brillante,
recibía anhelante,
con lánguido desmayo,
el dulce beso de su triste rayo.
¡Imagen hechicera!
¡Visión majestuosa!
Porque la tierra era
el dedo de la esposa,

el anillo nupcial era el espacio,
el sol era un topacio,
que de la gloria el brillo
dejó engarzado en el inmenso anillo.

La verdad, la virtud y la hermosura
en las puertas del cielo presentaron
al fruto de esta unión, de gracias lleno,
a recibir con el bautismo un nombre;
y Dios al punto le acogió en su seno.
Era la flor más pura
del jardín de los mundos: era el hombre.



**UNA COLECCIÓN DE POESÍA DEL
“SUDESTE”**



Poesía & Arte

Colección: Vázquez & De la Iglesia



Con esta edición dedicada a Monroy, quinto volumen de la colección dedicada a nuestros “Poetas del Sudeste”, cerramos un proyecto editorial al que hemos dedicado, con gran ilusión, nuestro tiempo y mejor esfuerzo para divulgar la poesía de Cartagena.

Carmen Conde, Antonio Oliver, María Teresa Cervantes, María Cegarra y José Martínez Monroy



Los editores pensamos en recuperar las primeras poesías de un grupo de poetas de Cartagena y La Unión.

Elegimos a los poetas que nos “dictaba el corazón”. Siempre unos llamaban a los otros, y así desde Carmen Conde y su BROCAL, nuevamente editado en 2019.

Hemos pretendido que desde la iniciativa privada y con el apoyo, imprescindible y justificativo, del ámbito público, llegar a un grupo formado de personas y despertar, también, el interés de la poesía en un público más general.

Las cinco ediciones - no venales - publicadas:
BROCAL (2019) - Carmen Conde, MÁSTIL (2020) - Antonio Oliver, VENTANA DE AMANECER (2023) - María Teresa Cervantes, CRISTALES MÍOS (2025) - María Cegarra y POESÍAS (2026) - José Martínez Monroy, nacieron para recordarnos a unos poetas en sus primeras publicaciones, con toda la “inocencia y originalidad” de su jovencísima poesía.

Los libros editados, siempre formando parte de un “Homenaje” al autor, se presentaron junto a exposiciones con visitas guiadas, que les daban un contexto biográfico-literario, así como artístico a los mismos. Las cinco ediciones publicadas contienen un total de 36 láminas, correspondientes a los dibujos originales de los artistas Virginia Bernal y Salvador Torres.

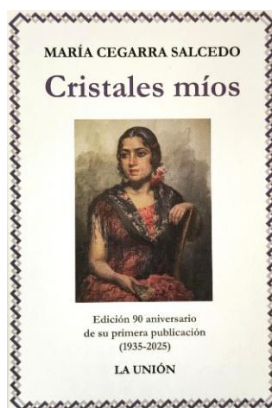
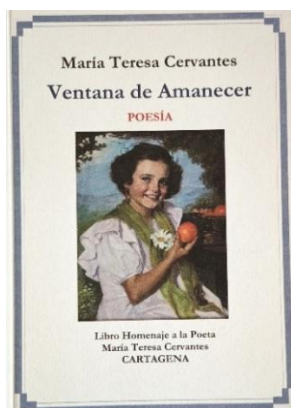
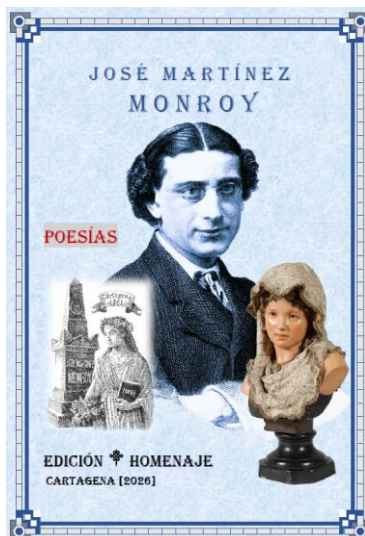
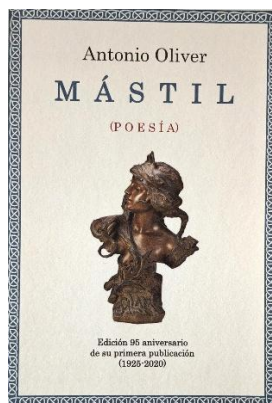
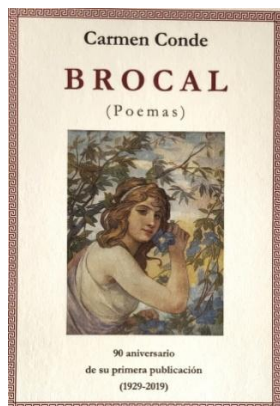
Los editores, junto a los organismos públicos de los Ayuntamientos de Cartagena y La Unión, han distribuido de forma gratuita estas ediciones en ámbitos educativos y culturales de la Región, e incluso a nivel nacional y europeo.

Agradecemos a los artistas plásticos cartageneros Virginia Bernal y Salvador Torres, su participación en estas ediciones, proporcionando con sus dibujos, convertidos en láminas artísticas en los libros, un dialogo original y enriquecedor a los poemas con los que coexisten.

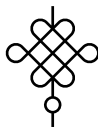
Gracias, finalmente, al Patronato Conde-Oliver, a la Concejalía de Cultura y al Archivo Municipal del Ayuntamiento de Cartagena y al Ayuntamiento de La Unión, por confiar en nosotros como editores y así dar “nueva luz” a los primeros libros de nuestros poetas del “Sudeste”.

María José Vázquez y Francisco De la Iglesia

(Editores)



POESÍAS DE MONROY EN LA RED





Archivo Municipal

Cartagena

<https://archivo.cartagena.es>

[Publicaciones Electrónicas/Homenaje al
Poeta Monroy-2026](#)

[Versión digitalizada del libro homenaje de 2026]



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**

<https://www.cervantesvirtual.com>

[Poesías / de José Martínez Monroy
Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

[Versión digitalizada del libro original de 1864]

COLOFÓN



(María Teresa Cervantes participó en el homenaje al poeta Monroy celebrado en Cartagena en 1961, al cumplirse 100 años de su fallecimiento)

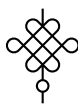


Se terminó esta edición del libro “Poesías”,
de José Martínez Monroy, en Cartagena,
X JUNIO MMXXVI
“Día Mundial del Modernismo”

Esta edición es un homenaje al poeta Monroy,
a la poesía del romanticismo, y a la ciudad
modernista de Cartagena

AΩ

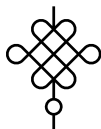
JOSÉ MARTÍNEZ MONROY



LIBRO HOMENAJE
CENTENARIO INAUGURACIÓN DE SU BUSTO
[CARTAGENA 1926-2026]
(ESULTOR: JOSÉ MOYA KETTERER)

*Cartagena, hermosa perla levantina
en este joyero del cielo y el mar,
donde tus poetas pudieron hallar
musa siempre moza y siempre divina.
Escuché en mi vega tu trompa marina
de los homenajes con dulce sonar,
y formé unos ramos frescos de mi lar
con rosas de otoño y con toronjina.
Para tu poeta hasta aquí los traje.
Y por si era poco para su homenaje,
también he traído de allá, como ves,
vivo y palpitante de Murcia el blasón:
traigo sus coronas, y mi corazón
para prosternarlo rendido a tus pies.*

*Pedro Jara Carrillo, poeta (Alcantarilla 1876-
Murcia 1927)*





EDICIÓN HOMENAJE
JOSÉ MARTÍNEZ MONROY

CENTENARIO INAUGURACIÓN
BUSTO DEL POETA

PLAZA JAIME BOSCH
CARTAGENA (1926/2026)



ILUSTRACIONES DE SALVADOR TORRES



COLECCION
Vázquez & De la Iglesia
CARTAGENA de LEVANTE



Archivo
Municipal
Cartagena